

Mario no respiraba; llevaba la mano al corazón para comprimir los latidos, iba y venía á grandes pasos, abrazaba á Cosette.

—¡Ay Cosette!—la decía.—¡Soy un desgraciado!

Estaba desalentado; comenzaba á entrever en aquel Juan Valjean una grande y sombría figura. Aparecíasele una virtud inaudita, suprema y dulce, humilde en su inmensidad. El presidiario se transfiguraba en Cristo; semejante prodigio deslunbraba á Mario. No sabía precisamente lo que veía, pero sí que era grande.

A los pocos minutos un coche estuvo delante de la puerta.

Mario hizo subir á Cosette, y se precipitó en seguida dentro.

—Cochero—dijo,—calle del Hombre Armado, número 7.

Partió el coche.

—¡Ah, qué felicidad!—exclamó Cosette.—A la calle del Hombre Armado. No me atrevía á hablarte de ella. Vamos á ver al señor Juan.

—¡A tu padre, Cosette! Tu padre, más que nunca. Ahora adivino, Cosette. Me dijiste no haber recibido la carta que te mandé con Gavroche. Cayó sin duda en sus manos, y fué á la barricada para salvarme. Como en él es una necesidad el ser un ángel, de paso salvó á otros también; salvó á Javert. Me arrancó de aquel abismo para entregarme á tí. Me llevó sobre sus hombros por dentro de la horrible cloaca. ¡Ah! Soy un monstruo de ingratitud. Cosette, después de haber sido él tu providencia, fué la mía. ¡Figúrate que había allí un espantoso hundimiento, para ahogarse mil veces, para ahogarse en cieno, Cosette. ¡Y lo atravesó conmigo á cuestras! Yo estaba desmayado, no veía, no oía, no podía saber nada de mi propia aventura. Vamos á traérmole á casa, á tenerle con nosotros, que quiera ó no; no ha de volver á separarse de nuestro lado. ¡Con tal que esté! ¡Con tal que le encontremos! Pasaré el resto de mi existencia venerándole.

“Sí, así debió ser; ya lo ves, Cosette. A él fué á quien entregaría mi carta Gavroche. Todo se explica... ¿Comprendes?”

Cosette no entendía una palabra.

—Tienes razón—le dijo.

Entre tanto, el coche iba corriendo.

V

Noche tras de la cual se encuentra el día.

Al golpe que oyó sonar en la puerta, volvióse Juan Valjean.

—Adelante—dijo débilmente.

Abrióse la puerta, y aparecieron Cosette y Mario.

Cosette se precipitó en el cuarto.

Mario permaneció en el umbral, de pie y apoyado contra el quicio de la puerta.

—¡Cosette!—exclamó Juan Valjean.

Y se incorporó en la silla, con los brazos abiertos y trémulos, lívido, siniestro, con una alegría inmensa en los ojos.

Cosette, sofocada por la emoción, cayó sobre el pecho de Juan Valjean, exclamando:

—¡Padre!

Juan Valjean, fuera de sí, tartamudeaba:

—¡Cosette, ella! ¡Vos, señora! ¡Eres tú! ¡Ay Dios mío!

Y sintiéndose estrechar entre los brazos de Cosette, exclamaba:

—¡Eres tú! ¡Sí, tú eres! ¡Me perdonas, entonces!



Mario, bajando los párpados para contener sus lágrimas, dió un paso, y murmuró entre sus labios contraídos convulsivamente para no dar salida á los sollozos:

—¡Padre mío!

—¡Y vos también, vos me perdonáis!—dijo Juan Valjean.

Mario no acertó á encontrar palabras para contestar, y Valjean añadió:

—Gracias.

Cosette se quitó el chal y el sombrero, arrojándolos sobre la cama.

—Esto me molesta—dijo.

Y sentándose sobre las rodillas del anciano, apartó sus cabellos blancos con un movimiento adorable, y le besó la frente.

Juan Valjean, desvanecido, la dejaba hacer.

Cosette, no comprendiendo aquello sino muy confusamente, redoblaba sus caricias, como si quisiese pagar la deuda de Mario.

Juan Valjean balbuceaba:

—¡Cuán simple es el hombre! Yo creía no volverla á ver. Figuraos, señor de Pontmercy, que en el momento en que habéis entrado me estaba yo diciendo: "Todo acabó. Ahí están sus vestiditos; soy un miserable, no veré más á Cosette" Todo esto me decía yo en el momento mismo en que estabais vosotros subiendo la escalera. ¡Qué torpe! ¡Se necesita ser estúpido para no contar con la bondad de Dios! Dios dice: ¿crees que te van á abandonar, torpe? No. Eso no será así. Sí; hay un buen hombre que ha menester de un ángel. Y el ángel viene; y uno vuelve á ver á su Cosette; ¡vuelve á ver á su pequeña Cosette! ¡Ay! ¡Qué desgraciado era!

Estuvo un instante sin poder hablar; luego continuó:

—Ciertamente, yo necesito ver á Cosette un ratito de cuando en cuando. Al corazón le hace falta un hueso que roer. Sin embargo, conocía que estaba de sobra, y me decía interiormente: "Ellos no necesitan de tí; quédate en tu rincón; nadie tiene derecho á eternizarse". ¡Ah! ¡Bendito Dios! ¡Vuelvo á verla!

—¿Sabes, Cosette, que tu marido es un guapo mozo?

—¡Oh! llevas un bonito cuello bordado. Perfectamente. El dibujo me gusta. Lo ha elegido tu esposo, ¿verdad? Y luego, será menester que te compres cachemires. Señor de Pontmercy, dejadme que la tutee. No será por mucho tiempo".

Y Cosette, á su vez, le respondía:

—¡Qué picardía habernos dejado así! ¿Dónde habéis estado? ¿Por qué os ausentasteis tanto tiempo? Antes vuestros viajes apenas duraban tres ó cuatro días. He mandado á Nicolasita, y la respondían siempre: "Está fuera" ¿Desde cuándo habéis vuelto? ¿Por qué no nos habéis avisado? ¿Sabéis que estáis muy cambiado? ¡Ah, qué padre más malo! ¡Estar enfermo y no saberlo nosotros! ¡Mira, Mario, toca su mano qué fría está!

—¡Habéis venido también! ¡Con que, es decir, señor de Pontmercy, que me perdonáis!—repitió Juan Valjean.

Al oír de nuevo estas palabras dichas por Juan Valjean, Mario dió libre rienda á todos los sentimientos que se agolpaban en su corazón:

—Cosette, ¿no oyes? ¡Insiste en pedirme perdón! ¿Y sabes lo que me ha hecho, Cosette? Me ha salvado la vida. Más aún; me ha dado á tí. Y después de haberme salvado, después de haberte dado á mí, ¿qué ha hecho de sí mismo? Se ha sacrificado. Tal es ese hombre. Y á mí, el ingrato, á mí el olvidadizo, á mí el desapiadado, á mí el culpable, me dice: "¡Gracias!" Cosette, toda mi vida, pasada á los pies de este hombre, no sería bastante expiación. ¡Aquella barricada, aquel albañal, aquel pozo, aquella cloaca, todo lo atravesó por mí, por tí, Cosette! Me llevó á través de todas las muertes que apartaba de mí, y que aceptaba para él. Ese hombre reúne todos los bríos, todas las virtudes y todos los heroísmos. ¡Cosette, ese hombre es un ángel!

—¡Chist! ¡Chist!—murmuró por lo bajo Juan Valjean. ¿A qué viene todo eso?

—¡Pero vos!—exclamó Mario, con una cólera no desprovista de cierta veneración. ¿Por qué no lo habéis dicho? Es también culpa vuestra. ¡Salva la vida á las gentes, y lo oculta! Y además, bajo pretexto de quitarse la máscara, ¡va á calumniarse! Esto es horrible!

—He dicho la verdad—respondió Juan Valjean.

—No—replicó Mario; la verdad, es la verdad toda, y vos no lo habéis dicho todo. Vos fuisteis Magdalena, ¿por qué callarlo? Habíais salvado á Javert, ¿por qué no decirlo? Yo os debía la vida, ¿por qué no lo dijisteis tampoco?

—Porque pensaba como vos, y conocía que teníais razón, que era preciso que yo me fuese. Si os hubiera referido lo de la alcantarilla, me habríais hecho permanecer á vuestro lado. Debía, pues, callarme. Hablando, todo se echaba á perder.

—¿Echábase á perder, qué?—repuso Mario.—¿Creéis que vais á quedaros aquí? Sí, venís con nosotros. ¡Ay Dios! ¡Cuando pienso que sólo por casualidad he sabido todo esto! Sí, sí, os llevamos con nosotros. Formáis parte de nosotros mismos. Sois su padre y el mío. No pasaréis un día más en esta horrible casa. No esperéis estar mañana aquí.

—Mañana—dijo Juan Valjean, no estaré aquí, pero tampoco estaré en vuestra casa.

—¿Qué queréis decir?—replicó Mario. Es que no os permitimos ya más viajes. Ya no os apartaréis de nosotros. Nos pertenecéis, y no os soltamos.

—Y lo que es ahora va de veras—añadió Cosette.—Abajo tenemos un coche. Yo os llevo conmigo. Y, si es menester, emplearé la fuerza.

Y sonriendo, hizo ademán de levantar al anciano en sus brazos.

—Allí está, como siempre, vuestro cuarto en nuestra casa—prosiguió ella.—¡Si supierais qué hermoso se ha puesto ahora el jardín! ¡Cuántas flores! Las calles están enarenadas con arena del río, con sus conchitas violeta. Comeréis de mis fresas. Yo soy quien las riego.

—Y ya no más señora, ni señor Juan; viviremos en república, todos nos hablaremos de tú. ¿No es esto, Mario? Se ha cambiado el programa. ¡Padre, si supierais! ¡He tenido una pena!... Había un petirrojo anidado en un agujero de la pared, y un pícaro gato se lo ha comido. ¡Mi pobre petirrojo, que sacaba la cabecita de un agujero para mirarme! He llorado; vaya si he llorado; y de buena gana habría matado al gato. Pero ahora ya nadie llora; todos ríen, todos son felices. Vais á veniros con nosotros. ¡Cómo se alegrará el abuelo! Tendréis vuestro cuadro en el jardín y lo cultivaréis á vuestro modo. Veremos si vuestras fresas valen tanto como las mías. Y después, haré yo todo lo que queráis, y luego, vos me obedeceréis á mí.

Juan Valjean la escuchaba sin oír.

Percibía la música de su voz, más bien que el sentido de las palabras, en tanto que una de aquellas lágrimas que son perlas sombrías del alma, germinaba lentamente en sus ojos.

Y murmuró:

—La prueba de que Dios es bueno, es que la tengo aquí.

—¡Padre mío!—dijo Cosette.

Juan Valjean continuó:

—No hay duda que sería delicioso vivir juntos. Allí hay árboles llenos de

pájaros. Me pasearía con Cosette. Es grato estar reunidas las gentes, y darse los buenos días, y llamarse en el jardín, y estarse viendo desde por la mañana. Cultivaríamos cada cual un rinconcillo. Ella me daría sus fresas; yo le daría á coger mis rosas. Sería delicioso, pero...

Se detuvo, y añadió después dulcemente:

—No hay remedio.

La lágrima no cayó, volviendo de nuevo á la órbita, y Juan Valjean la reemplazó con una sonrisa.

Cosette tomó las dos manos del anciano entre las suyas.

—¡Dios mío!—exclamó.—Vuestras manos están aún más frías. ¿Os sentís mal? ¿Os duele algo?

—¿Yo? ¡No!—respondió Juan Valjean.—Me siento bien. Pero...

Paróse.

—¿Pero qué?

—Me voy á morir desde luego.

Cosette y Mario se estremecieron.

—¡Morir!—exclamó Mario.

—Sí; pero no es nada—dijo Juan Valjean.

Respiró, sonrió y repuso:

—Cosette, tú estabas hablando; continúa, háblame más. ¿Con que murió tu petirrojo? ¡Habla, que oiga yo tu voz!

Mario, petrificado, contemplaba al anciano.

Cosette lanzó un grito desgarrador.

—¡Padre! ¡Padre mío! Viviréis, sí, viviréis. Yo quiero que viváis... ¿Lo entendéis?

Juan Valjean levantó la cabeza hacia ella con adoración.

¡Oh! Sí, prohibeme que muera. ¡Quién sabe! Tal vez te obedezca. Ya estaba en el trance de morir cuando entraste. Y esto me detuvo; parecióme que renacía.

—Estáis lleno de fuerza y de vida—observó Mario.—¿Creéis que es así cómo se muere? Habéis tenido nuevos disgustos, pero no volveréis ya á tenerlos. ¡Yo soy quien os pide perdón y de rodillas! Vais á vivir, en nuestra compañía y por largo tiempo. Ya sois nuestro. ¡Aquí somos dos cuyo único pensamiento en lo sucesivo será labrar vuestra felicidad!

—Ya veis—repuso Cosette llorando—que Mario dice que no os moriréis.

Juan Valjean continuaba sonriendo.

—Aunque yo viviera con vosotros, señor de Pontmercy, ¿dejaría por ello de ser yo quien soy? No; Dios ha pensado como vos y como yo, y no cambia de dictamen. Es útil que yo parta. La muerte lo arregla todo bien. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Que seáis dichosos, que el señor de Pontmercy posea á Cosette, que la juventud haga alianza con el alba, que haya en torno vuestro, hijos míos, lilas y ruiseñores; que vuestra vida sea un hermoso césped iluminado por el sol, que los encantos del cielo inunden vuestra alma, y que ahora yo, que para nada sirvo, me muera, todo esto es perfectamente armónico. Seamos razonables; no hay remedio ya; conozco que todo se acabó. Hace una hora tuve un desmayo. Además, esta noche pasada me he bebido todo ese jarro de agua que está ahí. ¡Qué bueno es tu marido, Cosette! Con él estás mejor que conmigo.

Oyóse ruido en la puerta. Era el médico que entraba.

—Buenos días y adiós, doctor—dijo Juan Valjean.—Aquí tenéis á mis pobres niños.

Mario se acercó al médico, y le dirigió esta sola palabra:—¿Señor?...—Pero en la manera de pronunciarla había una pregunta completa.

El médico respondió á la pregunta con una mirada harto expresiva.

—Porque nos desagraden las cosas—dijo Juan Valjean,—no hay razón para ser injustos con Dios.

Hubo un momento de silencio. Todos los pechos estaban oprimidos.

Juan Valjean se volvió hacia Cosette, y se puso á contemplarla como si quisiera hacer acopio para la eternidad.

En lo profundo de la sombra á que ya había descendido, le era aún posible el éxtasis mirando á Cosette. La reverberación de aquel dulce rostro iluminaba su pálido semblante. En el sepulcro puede haber también deslumbramientos.

El médico le tomó el pulso.

—¡Ah! ¡Erais vosotros lo que le hacía falta!—murmuró dirigiéndose á Cosette y á Mario.

E inclinándose al oído sólo de Mario, añadió muy por lo bajo:

—Demasiado tarde.

Juan Valjean, sin apartar casi los ojos de Cosette, miró al médico y á Mario con serenidad. Oyóse salir de su boca esta frase apenas articulada:

—No es nada el morir; lo espantoso es dejar de vivir.

De repente se levantó.

Estas renovaciones de fuerza son á veces señal de la agonía misma. Caminó con paso firme hacia la pared, apartó á Mario y al médico que querían ayudarle, descolgó el crucifijo de cobre, volvió á sentarse con toda la libertad de movimientos de una salud completa, y dijo en alta voz, colocando el crucifijo sobre la mesa:

—He aquí al gran Mártir.

Después su pecho se rindió; sintió que se le iba la cabeza, como si le acometiese el vértigo de la tumba, y apoyadas las manos en las rodillas, se puso á escarbar con las uñas la tela del pantalón.

Cosette le sostenía los hombros y sollozaba, procurando hablarle, pero sin poder conseguirlo.

Entre sus palabras, mezcladas con esa saliva lúgubre que acompaña al llanto, distinguíanse algunas como éstas:

—¡Padre! No me abandonéis. ¿Es posible que sólo os hayamos encontrado para perderos?

Puede decirse que la agonía serpentea. Va, viene, se adelanta hacia el sepulcro, y retrocede hacia la vida. Hay algo de andar á tientas en la acción de la muerte.

Juan Valjean, después de aquel medio síncope, se serenó, sacudió la frente como para desprenderse de las tinieblas, y recobró casi su completa lucidez.

Tomó un vuelo de la manga de Cosette y la besó.

—¡Vuelve en sí, doctor, vuelve en sí!—exclamó Mario.

—Ambos sois buenos—dijo Juan Valjean;—voy á deciros lo que me ha apenado mucho. Me ha causado pena, señor de Pontmercy, que no hayáis querido tocar ese dinero. Ese dinero es perfectamente de vuestra mujer. Voy á expli-